

Portada

06

Peregrino de lo absoluto

Además de creador volcánico, August Strindberg fue un ardiente polemista. Todo le interesó y casi contra todo combatió. Calificó a Ibsen como «el hombre más furibundo de Europa», pero él no se quedó atrás

Kafka lo denominaba en su *Diario* «el enorme Strindberg» («ante él, me siento como un hombre ante una estatua»). El talento feroz y visionario del que normalmente es considerado padre del teatro moderno y precursor del expresionismo, August Strindberg (Estocolmo, 1849-1912), del que se celebra en mayo el centenario de su muerte, se aplicaría a todos los campos imaginables a lo largo del siglo revolucionario por excelencia, el XX, provocando siempre un encendido y profundo debate cultural. Una convulsión nórdica de influencia decisiva que se unía a otros gigantes de aquellos días como los noruegos Ibsen, Hamsun o el pintor Munch.

Del equilibrado y mentalmente sano autor de *Casa de muñecas*, al que a partes iguales admiró y declaró una guerra frontal, dijo en una carta de 1884 el neurótico, obsesionado y en permanente estado de mutación Strindberg: «Antes de morir tengo que conocer sin falta a Ibsen, el hombre más furibundo de Europa».

Gigantesco proyecto

Volcánico creador y ardiente polemista embarcado en un gigantesco proyecto personal de colérica denuncia de prejuicios y vanidades, con una obra rebotante de crítica social radical y de investigación de los abismos del inconsciente, Strindberg fue sucesivamente dramaturgo, novelista, pintor, fotógrafo y autor

Visión de la naturaleza



Dramaturgo, novelista y ensayista -género donde demostró su interés por el ocultismo y la psicología-, Strindberg fue también fotógrafo y pintor. Sobre estas líneas, dos de sus lienzos

de un cuerpo ensayístico que recorría los más variados géneros, desde la política, la cultura, la Historia, el ocultismo, la psicología, la botánica y la química. «Peregrino de lo absoluto» -denominación que él mismo utilizó en una de sus obras-, pasaría del naturalismo al simbolismo, abriendo las vías del expresionismo y el surrealismo.

Diez mil cartas

Hijo natural del nihilismo, de Rousseau y de todos los sublevados de la Historia; más anarquista que socialista; atormentado e intransigente moralista lleno de contradicciones -desde la defensa a ultranza de los derechos de la mujer y su liberación sexual, a lo D. H. Lawrence, hasta la misoginia-; antisémita y batallador de las más diversas causas en las que percibía tanto los abusos de la autoridad y la alienación en las diversas instituciones (familia, matrimonio, religión, escuela) como los clichés y la hipocresía con los que estas se perpetuaban, Strindberg, a lo largo de su vida, fue todo menos moderado. Su sensibilidad le unía a filósofos del pesimismo como Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche y a novelistas como Zola, con el que más tarde rompió.

Furioso panfletario («no escribo para ser laureado como poeta, sino para combatir»), dejó su rastro en escritos directos o indirectamente autobiográficos. Tampoco

cesó nunca de experimentar y volcarse en credos que iba cambiando según las épocas.

Con tres divorcios en su haber, inepto para la felicidad «corriente», en las últimas décadas de su vida sobre todo fue presa de una serie de ataques psicóticos («*Inferno crisis*», los llamó), afectado de paranoias y manías persecutorias, aunque no dejó por ello de escribir magníficas obras, con una increíble e inagotable energía, a las que se unía una copiosa correspondencia, compuesta por unas diez mil cartas.

Autor tremendamente prolífico, escribió cerca de sesenta obras de teatro (*La señorita Julia*, *Danza macabra*, *El sueño*, *La casa quemada*, *El pelicano*, *La sonata de los espectros...*) y más de treinta obras de ficción (las novelas *El salón rojo*, 1879; *El hijo*

de la sierva, 1886; *Alegato de un loco*, 1887; *Inferno*, 1898; *Solo*, 1903; *Banderas negras*, 1907), autobiografía y ensayo.

La fama y el escándalo

Hijo de un acomodado comerciante y de una joven que había trabajado como criada en su casa, su primera gran obra de teatro sería *El maestro Olof* (1872). Pero fue con la siguiente, la magnífica y demoledora novela de aprendizaje *El salón rojo* (1879; Acantilado, 2012), con la que alcanzó la fama, provocando un considerable escándalo. Debido en parte a ella y a las tremendas polémicas suscitadas, acusado además de «blasfemia» por uno de los relatos contenidos en *Casados* (1884), emprendió un breve exilio a Francia y otros países europeos durante un periodo de su vida.

Obra fundamental, considerada la primera novela moderna de la literatura sueca, a *El salón rojo* se une ahora la edición de unas deliciosas y



EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DE SU VIDA SUFRIÓ ATAQUES PSICÓTICOS A LOS QUE LLAMABA «INFERNO CRISIS»



bellísimas fábulas fantásticas y morales (*Cuentos*, en Nórdica), con ilustraciones de Thorsten Schonberg, que datan de 1915.

Habitado a narrar en su correspondencia muchos de los detalles de sus obras conforme las iba escribiendo, en una carta de 1879 diría, a propósito de *El salón rojo*: «No tengo prevista una estricta composición, tan solo dejar pasar ante los ojos del lector a toda la sociedad, representando lo que el héroe, en su calidad de reportero, tiene ocasión de ver. Para facilitar la lectura, he señalado ciertos lugares típicos».

La cáustica crítica con la que Strindberg satirizó y denunció sin piedad, con alusiones nada veladas, no solo el mundo cultural, sino todos los estamentos de su época, se extendería en esta novela -que narra la formación

FUE UN FURIOSO PANFLETARIO. «NO ESCRIBO PARA SER LAUREADO COMO POETA, SINO PARA COMBATIR», DIJO

y el periodismo- a las más variadas capas de la encorsetada sociedad sueca de finales del XIX.

Una cadena invisible

En ella, nadie queda a salvo: periódicos guiados cínicamente, de izquierda a derecha, por los más bajos e intercambiables intereses («¡Las opiniones! ¡Eso siempre se arregla! ¡Nosotros desde luego no tenemos opiniones de ningún tipo!»); la burocracia fosilizada de funcionarios a perpetuidad, sin nada que hacer, con cometidos minúsculos y ridículos; la mediocridad y el arribismo en los medios bohemios y supuestamente artísticos, en lucha permanente por

de un héroe, el joven poeta Arvid Falk, quien decide abandonar su cómoda carrera de empleado público para iniciarse en la literatura

la protección de un mecenas o alguien que les costee la comida; el mercantilismo vulgar y voraz de incultos editores que se inventan sin ningún rubor al autor de temporada, o la corrupción y manipulación de políticos y empresarios sin escrúpulos -caso del ávido y despreciable hermano mayor y administrador de la fortuna del héroe, el burgués Nicolaus Falk, reproducción exacta del hermano de Strindberg en la vida real- «sujetos por una cadena invisible, que mordían de vez en cuando con contenida ira».

Un mundo nada ejemplar ante el que únicamente cabe la renuncia, «morir en plena juventud de una muerte espiritual», como Arvid reconoce con desesperación, y como le aconsejan sus amigos «si quiere continuar con vida», ya que «tiene cierta tendencia a la locura y debería filtrar o evaporar todas sus ideas».

MERCEDES MONMANY

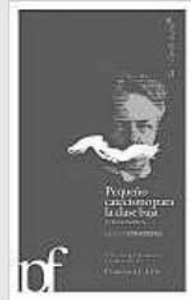
Entre gigantes

La influencia de Strindberg corre pareja a la de otros tres pesos pesados de la literatura y el arte nórdicos: los noruegos Henrik Ibsen, Knut Hamsun y Edvard Munch (abajo). Junto a estas líneas, dos fotografías de Strindberg: en 1886 y en una imagen de juventud



ABC cultural

SÁBADO, 25 DE FEBRERO DE 2012
abc.es 07



Títulos que no cesan

A la obra de August Strindberg vuelven una y otra vez las editoriales españolas. Su primera novela, «El salón rojo» (*Acantilado*), es el último título del escritor sueco que ha sido reeditado en nuestro país. «Pequeño catecismo para la clase baja» (*Capitán Swing*) y «Bandera negra» (*Funambulista*) son otros de los textos rescatados recientemente